

El nuncio para quien el tema de los derechos humanos fue "ingrato"

por Gregorio SELSER

En nuestra crónica de ayer mencionamos la inminente partida de monseñor Pío Laghi, el nuncio apostólico que se había hecho cargo de su función en Argentina en julio de 1974. Designado recientemente delegado apostólico en Washington —el Vaticano no tiene relaciones diplomáticas formales con Estados Unidos— Laghi convocó a una reunión de prensa, a guisa de despedida oficial.

LO MAS "INGRATO"

En la versión del matutino *La Nación*, en el transcurso de la reunión un cronista le preguntó cuál fue el problema más ingrato que le tocó en sus seis años y medio de funciones en Buenos Aires. Su respuesta fue:

"—El problema de los derechos humanos. Algo ingrato para todos. Un problema que queda flotante. Diría, además, que, como hombre de la Iglesia, la Nunciatura, aquí, fue un lugar al cual acudieron muchas personas para pedir. Nosotros, hemos tratado de escuchar y de ayudar. También, recibimos lágrimas y tendimos un pañuelo".(1)

El caritativo nuncio menciona sólo un pañuelo. A estar del documentado y responsable informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), habría necesitado varios millares de pañuelos para que las parientes de los desaparecidos pudieran encontrar en la Nunciatura algún consuelo o alguna esperanza respecto de la suerte de sus seres queridos. El nuncio Laghi, diplomático quizás de la escuela florentina como lo sugiere el destino que ahora se le asigna en Washington, prueba con otras frases lo bien que maneja el arte de quedar bien con los militares:

"—Traté de convivir, de participar, de servir y compartir con los argentinos alegrías, angustias, esperanzas. También a la causa del hombre y de la comunidad argentina (...) En 1974 yo tenía miedo. Había violencia. Pero hoy en día, se le ha ganado a la violencia. Sí, sí, hay ciertas situaciones, pero el país vive en orden y paz. El precio es el interrogante que queda en el aire. Eliminada la violencia, hay que tratar de sanar las heridas. Hacer una peregrinación en el camino del hombre. Quitar las raíces que la han producido y encontrar, claro está, el camino de la reconciliación".(2)

"—No hay ni ha habido problemas en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia es como el alma del pueblo y lo acompaña en sus vicisitudes, sin apoyar ninguna política contingente (falsedad total en lo que atañe a la Argentina, donde viene haciendo política de hacha y tiza por lo menos desde los primeros años de la década de 1930). Estamos en una prescindencia no profesional, sino pastoral, que debe comprenderse en su exacta dimensión, teniendo en cuenta que no puede haber una ignorancia de los problemas existentes.

"—Nosotros procuramos la perfección del hombre en su totalidad —como lo pensaba Torquemada cada vez que ponía fuego a una pira para incinerar a los que condenaba como "herejes"—, para que goce de sus derechos y cumpla sus obligaciones: derecho a la libertad, a la vida, al respeto y a su desarrollo, y sus obligaciones con Dios, la Patria y su familia. Mi misión es fundamentalmente espiritual. Al igual que la Iglesia hemos de combatir antes que nada el pecado y sus consecuencias, para lo cual debemos iluminar las inteligencias, defender la justicia y social y propiciar el bienestar de la familia".

UNA ANECDOTA DE BORGES

Esta mezcla de sofismas, equívocos y —especialmente en sus afirmaciones sobre eso de las inteligencias, la justicia social y el bienestar de la familia— notorias falsedades que se destruyen con la sola observación de lo que le ha hecho a la inmensa mayoría del pueblo argentino el programa socioeconómico de Videla y Martínez de Hoz, sumerge en un mismo saco las respetables creencias religiosas de cada quien, con las necesidades políticas e ideológicas de la facción dominante de la burguesía argentina adueñada del poder por medios de extremísima violencia, jamás antes registrados en la historia argentina, que al igual que otras de nuestra América, no se distinguió por su proclividad pacífica.

A un vocero y representante de Dios en la tierra, que tal se supone sean los nuncios como delegados diplomáticos de los papas, le correspondía no inmiscuirse en asuntos internos del país o, en todo caso y vista su irreprimible necesidad de mezclar los asuntos divinos con las porquerías humanas, limitarse a su papel de pastor de almas antes que de belicoso bendecidor de armas homicidas, incluyendo su torcida referencia de Tomás de Aquino y su omisión de que otros padres de la Iglesia convalidaron el derecho ciudadano a rebelarse contra la opresión y hasta a cometer tiranicidio.

BENDICION DE ARMAS

Los cronistas que escuchaban al seráfico nuncio, quizás no recordaban de qué manera activa le tocó enjugar lágrimas años antes, cuando, posiblemente para conjurar la violencia que había suscitado su miedo, decidió actuar del modo habitual con que lo hacen los siervos de la Iglesia triunfalista. Clividándose de que su función es equivalente a la de embajador, puesto que es enviado del papa, y por analogía de un Estado, el del Vaticano, se inmiscuyó en un asunto puramente interno de la Argentina, demasía que, justo es consignarlo, fue consentida por el régimen militar, según lo refiere esta crónica de época que reproducimos textualmente y que conserva declaraciones suyas hechas en la ciudad de Concepción, situada a 6 kilómetros de San Miguel de Tucumán:

—La causa de la violencia existente en el país es de signo ideológico. El país tiene una ideología tradicional y cuando alguien pretende imponer otro ideario diferente y extraño, la nación reacciona como un organismo, con anticuerpos ante los gérmenes, generándose así la violencia".(3)

Después de esta clase de sociología primaria que omite mencionar cuál podría ser la "ideología tradicional" argentina, el nuncio se recostó sobre expresiones del cardenal Raúl Primatesta, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA), en el sentido de que "nunca la violencia es justa" y tampoco "la justicia tiene que ser violenta" —conceptos ambos que compartimos— Laghi observó que, sin embargo, "en ciertas situaciones, la autodefensa exige tomar determinadas actitudes, y en este caso, habrá de respetarse el derecho hasta donde se puede". Luego de esta ablucción que despachaba el Derecho de Gentiles a los infiernos, el suave nuncio del pañuelo solitario agregó:

CONTRABANDEANDO A TOMAS DE AQUINO

—Los soldados cumplen con el deber prioritario de amar a Dios y a la Patria que está en peligro; no sólo puede hablarse de invasión de extranjeros, sino que también hay invasión de ideas que ponen en peligro los valores fundamentales. Esto provoca una situación de emergencia, y en esas circunstancias es aplicable el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, que enseña que en esos casos el amor a la Patria se equipara al amor a Dios. Transmítalo a los soldados la bendición papal porque los considero hermanos que están dispuestos al sacrificio de la propia sangre, fieles a las órdenes de sus superiores".

En esos momentos, junio de 1976, tropas del ejército peñaban una zona abrupta de la provincia de Tucumán, tras el objetivo de liquidar lo que quedara de algunas decenas de guerrilleros que tenían un modo distinto de pensar respecto de los militares que, habiendo batido al régimen constitucional del país, implantaban con ferocidad y violencia un proyecto de gobierno al que, en su fase extrema, denominaron "guerra sucia".

El embajador del Vaticano no tenía por qué bendecir a uno cualquiera de los bandos en lucha, y menos todavía aportarle justificativos pseudo teológicos. El nuncio Laghi lo hizo con todo esmero, como se verá por estas otras expresiones:

Como lo dijera Jorge Luis Borges en su recordable respuesta a otro fraile, Germán Mallagaray, rector de la Universidad Católica de Jujuy, "el hecho de que yo no crea en la inmortalidad del alma no significa que yo descreyera de Dios. Además, no sé si Dios necesita de mi inmortalidad personal para sus fines. Es tan raro este mundo, que todo es posible, hasta la Santísima Trinidad. Fijese que ni siquiera estamos seguros de que Dios no exista".

La deducible analogía nos convoca la tentación de preguntar al nuncio Laghi desde cuándo le dio a Dios por preocuparse por "el desarrollo", el Estado y la familia y la "invasión de las ideas". Seguramente El debería tener asuntos mucho más importantes por resolver, y no sería al nuncio Laghi a quien se los comunicaría.

VIOLENCIA POR OMISION

Las páginas de los periódicos argentinos se prodigan en la despedida al hombre que representó al Vaticano en las horas más trágicas de la historia argentina, "algo ingrato para todos" según sus palabras. Con su aquiescencia, su silencio o sus bendiciones de armas homicidas, fue cómplice de una violencia que no conoció límites ni vallas humanas o divinas. Hombre mundano, disfrutó de la obsequiosidad de una clase adueñada de los resortes y mandos del poder, que compró su mutismo entregando a la Iglesia local dones y canonjías materiales que velaron su boca y su conciencia.

Laghi o la jaraucúa eclesiástica no torturaron ni "desaparecieron", que se sepa, por propia mano a sus prójimos, criaturas todas de Dios. Pero incurrieron en violencia por omisión, al callar cuando pudieron gritar a pulmón pleno, al no protestar por el terrorismo Estado al cual pudieron, con sólo atreverse, contener a los límites exigidos por las leyes y por los sentimientos religiosos o las virtudes teológicas, entre éstas la caridad. El último ejemplo de indignidad lo proveyeron, Laghi y la jerarquía eclesiástica, al abstenerse de enviar un simple saludo a Adolfo Pérez Esquivel, a quien dieron el Premio Nobel por hacer algo que debía hacer la Iglesia toda, y no hizo.

El que ahora asigne el Vaticano a Laghi junto a Reagan, es otro estruendoso símbolo. Laghi y Reagan se sentirán, juntos, como en sagrada familia. El uno predicó el silencio total por todo lo ocurrido en Argentina. El otro anunció que el silencio será su política para toda América desde el 20 de enero próximo. ¡Vaya aparcería que nos tocará padecer!

1 "Laghi: tiempo de reflexión sobre la propuesta del Papa", en La Nación, Buenos Aires, 19 de diciembre de 1980, p. 12.

2 Ibid.

3 "El nuncio impartió la bendición papal a los efectivos que combaten en Tucumán", en Clarín, Buenos Aires, 16 de junio de 1976.